

François-Xavier Guerra In Memoriam

RENÁN SILVA*

Resulta desde luego un objetivo mal calculado el intentar *resumir* en unas pocas líneas la contribución de François-Xavier Guerra, el gran historiador franco-hispano desaparecido recientemente, a la historiografía y en particular al conocimiento histórico de los países hispanoamericanos. El tiempo se impondrá aquí como último juez en la evaluación de una obra que, a pesar de cierto renombre, no parece aún haber sido leída con la calma suficiente que exige su novedad radical. Una obra que, por lo demás, encontró tantas reservas, por lo menos en México, cuando la aparición en castellano de los dos tomos con los que F.-X. Guerra iniciaba no sólo una reinterpretación de la revolución mexicana¹, sino en la que adelantaba ya las hipótesis centrales de su nueva propuesta de análisis de la política centrada en el conocimiento detallado de los actores políticos, definidos de manera nueva y novedosa. Una propuesta elaborada a través de un re-exámen de lo que ya se había dicho, y cuyo mérito se reconocía, pero mucho más mediante la puesta en escena de un inmenso «fichero» construido con paciencia y organizado sobre la base de una narrativa de una riqueza descriptiva inusual, que permitió que las nuevas categorías de análisis mostraran todas sus posibilidades.

Luego vendría *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*² y esa amplia serie de obras colectivas con las que él mismo y sus discípulos enriquecerían el esquema original al ponerlo en contacto con nuevas fuentes y con las diferentes historias de cada una de las unidades sociopolíticas que llegarían a ser los países de lo que se llamará a partir de algún momento del siglo XIX América Latina, teniendo siempre como centro de su reflexión el gran acontecimiento de 1808 con el que se abre la crisis de la monarquía española y, a continuación, el desmembramiento del imperio en ultramar, lo que le permitió poner de presente, por lo demás, que las relaciones entre España y sus posesiones en América no podían seguir siendo pensadas bajo el esquema de una «metrópoli» y sus «colonias», sino como las relaciones entre dos comunidades humanas formadoras de una sola

* Profesor de la Universidad del Valle, en Cali (Colombia). Autor, entre otras obras, de *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de Interpretación*. Medellín: EAFIT, Banco de la República, 2002, versión en español de una tesis doctoral dirigida por François-Xavier Guerra y sustentada en la Universidad de París I, en 1995.

1. François-Xavier GUERRA. *México: del Antiguo Régimen a la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

2. François-Xavier GUERRA. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: MAPFRE, 1992.

realidad política: la monarquía hispánica. Una posición que debería resultar extraña para una historiografía que de manera mayoritaria, a partir del siglo XIX, había pensado esas relaciones bajo el modelo de las «colonias-factorías» explotadas por una potencia extranjera que les arrancaba los metales preciosos y las materias primas, lo que impedía observar la profundidad de los vínculos construidos, que Guerra gustaba poner de presente con el uso sistemático del término Hispanoamérica, siempre preferido al de Latinoamérica.

Todas esas obras —tanto las de su autoría directa como aquellas que dirigió y en las que participó— fueron jalones en el diseño de un proyecto continuamente enriquecido y reformulado, un proyecto jamás sometido a la ley de los «rendimientos decrecientes», tan habitual en los historiadores que a partir de un esquema de interpretación que conoce alguna fortuna inicial dedican el resto de sus días a administrar el primer capital acumulado, a través de su aplicación multiplicada y finalmente tediosa a situaciones diversas que estarían llamadas únicamente a mostrar la corrección del modelo original.

Hoy parece existir un consenso más o menos general entre los investigadores que trabajan sobre la historia de América Hispana, respecto de que la obra del profesor Guerra representa un jalón imposible de dejar de lado cuando se trata de analizar la originalidad del proceso de surgimiento de la *política moderna* en las sociedades hispanoamericanas. Consenso un tanto sospechoso, pues F.-X. Guerra fijó simplemente las líneas más generales de una interpretación que le gustaba presentar como un conjunto de hipótesis abiertas antes que como un modelo cerrado. Es posible que de ese comienzo de interpretación se apodere ahora la pesantez académica, y que el mundo de los profesores comience a dilapidar un capital adquirido, sin mucho esfuerzo de su parte, y al cabo de un tiempo tengamos una nueva versión de manual para consumo en medios escolares, lo que me parece ya una realidad en curso, por lo menos en las carreras universitarias de Historia en Colombia. Esperemos que los discípulos de quien fue tan afectuoso maestro sean capaces de defender su legado, de la única forma posible, es decir través de su *pro-pia subversión*, por medio de un uso crítico que muestre las limitaciones del «modelo», las nuevas preguntas que habría que introducir en él —los aspectos sustanciales de la actividad económica, las identidades étnicas, las propias condiciones geográficas, etc.— y los aspectos que habría que reformular o incluso desestimar (sobre todo en lo que tiene que ver con cierta recepción inicial demasiado entusiasta de la obra de Francois Furet, lo que supuso tal vez una definición en exceso restrictiva de la participación de los grupos populares en la vida política).

Es posible que en el futuro F.-X. Guerra llegue a ser recordado con toda justicia sobre todo por su contribución al análisis de la originalidad de la aparición de la política moderna en los países de América del Sur, incluido el análisis de las dificultades de implantación de esa política, dificultades que Guerra fue capaz de analizar, estudiando el funcionamiento de las nuevas instituciones republicanas, pero sobre todo el peso que significaba la vieja tradición política, dependiente de las formas básicas de estructuración de lo «social», formas aún vigentes a lo largo de los siglos XIX y XX, lo que explica, por lo demás, el alcance de su análisis para una historia contemporánea de la política en América del sur.

A todo esto hay que sumar, lo que se recuerda menos, su contribución al replanteamiento de la noción de *absolutismo* y de la política en las sociedades de Antiguo Régimen —incluidas las sociedades coloniales, en la perspectiva de Guerra—, lo que resulta esencial, para comprender sus planteamientos sobre el siglo XIX, aunque la reflexión explícita sobre la «política antigua» haya venido mucho después de formulado su análisis de la política en el siglo XIX.

En un artículo que pensamos que llegará a ser clásico, por el problema que plantea y por la claridad teórica que lo atraviesa³ y a partir de sus propias investigaciones empíricas, con las cuales se sumaba a un debate en marcha en la historiografía europea, Guerra insistía en que el absolutismo había sido ante todo un ideal o un proyecto —«muchas veces confuso y contradictorio», según escribía—, pero un ideal en marcha que no había suprimido las bases jurídicas ni las propias prácticas políticas de la Monarquía hispánica en su forma tradicional, y que por lo tanto la «revolución de la soberanía» no podía pensarse de manera simple como un traspaso del poder del monarca al «pueblo», lo que exigía, entonces, corregir nuestra visión del absolutismo y modificar por tanto los juicios sobre el periodo borbónico y sobre el avance efectivo de las reformas de la segunda mitad del siglo XVIII, tanto en España como en América.

Para sacar adelante la empresa «correctiva» Guerra acudía a lo que era uno de sus procedimientos típicos como investigador: la perspectiva empírica, conducida a partir de unas pocas formulaciones generales, casi axiomáticas, que permitieran, en contra de representaciones largamente dominantes, reestablecer el significado preciso de las palabras y de los fenómenos que se resguardaban bajo las palabras. Así pues había que examinar los sentidos de los vocablos —autoridad, soberanía, república—, localizándolos en su contexto preciso, y luego proceder con toda claridad a «reconstruir experimentalmente cuáles eran las autoridades que ejercían funciones de gobierno en el Antiguo Régimen», con el fin de llegar a un «modelo» lo más aproximado posible de la política en esa sociedad, proyecto loable, aunque siempre será un enigma saber qué entendía Guerra, hombre que practicaba una epistemología un tanto sorprendente, cuando hablaba de una «reconstrucción experimental».

El cuadro que resulta —y en el cual no dejan de verse algunas de sus nuevas direcciones de análisis, por ejemplo las que se derivan de las investigaciones de Bartolomé Clavero, entre otros— es realmente sorprendente. La realidad de la política de Antiguo Régimen fue siempre la de un funcionamiento de cuerpos sociales fuertemente estructurados que dominaban de manera compleja la sociedad y la política, bajo el modelo de una práctica dispersa y difusa de la autoridad y del gobierno, lo que acentúa la radicalidad del proceso que se abre en 1808, pues en contra de todas las formas concretas e inmediatas de la política «vieja», el nuevo proceso supone la extensión, como dice Guerra, de una serie de figuras abstractas: nación, pueblo, soberanía, representación, pero figuras que deben concretarse en formas institucionales y en prácticas societarias (elecciones, sufragios, campañas, personal político, líderes, etc.), detrás de las cuáles se adivina la manera concreta cómo diferentes sociedades respondieron al problema clave de la nueva sociedad democrática: «¿Cómo se pasa de la soberanía colectiva y abstracta... a los que gobiernan en su nombre?».

En el caso particular del modelo de la política en las sociedades de Antiguo Régimen colonial —si aceptamos esa expresión—, Guerra llamó la atención sobre las relaciones que ésta mantenía con la *cultura* y se interesó de manera particular por el mundo de los «intermediarios culturales», aquellos que cumplían la función de solidificar las relaciones entre dos mundos que en principio aparecían por completo separados. Caciques indígenas, curas doctrineros, pequeños mercaderes, arrieros, vagos y trashumantes, aun en los casos de sociedades de gran fragmentación territorial y difícil geografía, como el Nuevo Reino de Granada, fueron los encargados de poner en contacto, sobre la base de un amplio mestizaje, dos

3. François-Xavier GUERRA. «De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía». En: François-Xavier Guerra; Annick Lempérière (y otros). *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 109-139.

mundos que de otra manera habrían permanecido ajenos. Pero la «intermediación cultural» no fue siempre ni en todas partes, asunto de la transmisión oral. De los trabajos de Guerra emerge con fuerza la idea del papel destacado de la comunicación escrita, aun en los siglos XVII y XVIII. Volantes, octavillas, pequeñas láminas acompañadas de breves textos, formas diversas de lo escrito, ya fuera impreso o manuscrito, eran puentes de comunicación cultural que sirvieron como forma de difusión ampliada de valores y representaciones comunes que relativizan, en el campo de las relaciones políticas, la heterogeneidad cultural que caracterizaba, desde otros puntos de vista, a la sociedad. Pero *lo escrito*, bajo diversas formas —y no sólo la del libro impreso—, significa al mismo tiempo volver a plantear el problema del alfabetismo en estas sociedades americanas de las postconquista española. El cuadro tradicional había sido el de un analfabetismo dominante al que sólo habría empezado a poner remedio la fundación de escuelas públicas en el siglo XIX, como parte de la política educativa de los ilustrados republicanos. De los estudios de Guerra se deriva la exigencia de volver a interrogar la enseñanza colonial de las «primeras letras» y la evangelización cristiana como instituciones creadoras de una amplia población temprana de *lectores populares*, seguramente con competencias de lectura muy diversas, aunque mayoritariamente alejados de la *escritura*, con todas las consecuencias que esto debe entrañar para la fluidez de los procesos políticos y para el análisis de las diversas formas de «aculturación política», es decir de socialización en los valores y representaciones que fueron creadores de una cultura política específica, que debe ampliamente sobrevivir en los países de América del Sur, pero que estamos lejos de empezar siquiera a descubrir.

Bajo la sugerencia de F.-X. Guerra tuve oportunidad de reexaminar, en un breve artículo, los enfrentamientos que en los primeros años del siglo XVII libraron en el Nuevo Reino de Granada jesuitas y dominicos en torno al dogma de la Inmaculada Concepción⁴. Del análisis realizado se pudo deducir que el enfrentamiento remitía al campo de las relaciones políticas, fuertemente estructurado en torno a los dogmas doctrinarios de cada uno de esas comunidades religiosas, las que por fuera de haber autonomizado intereses propios, eran al mismo tiempo la expresión de partidos y facciones, casi siempre unión de grupos familiares, con los cuales habían establecido poderosas alianzas. Pero la querrela doctrinaria significaba al mismo tiempo la movilización de las masas de indígenas, de negros, de mestizos y de blancos pobres, en uno u otro bando, y para ese fin los jefes de los «partidos religiosos» echaban mano del sermón, de la procesión, del simbolismo de la imagen, de la copla (las coplas a la virgen, por ejemplo), y desde luego de la palabra escrita (manuscrita o impresa) o del escrito sobre el mural, en la plaza pública y en la entrada de las iglesias y edificios municipales. Toda una amplia forma de actividad política que hasta ahora empezamos a reconocer.

El historiador colombiano Germán Colmenares escribió hace muchos años que los investigadores de la historia colonial teníamos gran dificultad en reconocer la especificidad de la política en esa sociedad, y que como la actividad política en esa sociedad tenía una forma tan alejada de todos los modelos presentes, había la tendencia a pensar que simplemente no existía o a reducirla a las «intenciones» de la Corona o a las jugadas de mano maestra de los notables locales. Los trabajos de F.-X. Guerra sobre la «política antigua», y sobre todo su «modelo experimental» de la política en las sociedades de Antiguo Régimen, nos abren pistas en extremo sugerentes, para interrogar una realidad que por el momento nos es desconocida casi por completo.

4. Renán SILVA. «El sermón como forma de comunicación y como estrategia de movilización. Nuevo Reino de Granada a principios del siglo XVII». *Sociedad y Economía* (Cali). 1 (septiembre 2001), p. 103-130.